

**IN MEMORIAM: JUAN CARLOS AGULLA,
UN UNIVERSITARIO¹**

JOSÉ LUIS DE IMAZ

Juan Carlos Agulla (Córdoba, Enero 1928 - Buenos Aires, Enero 2003). Doctor en Derecho por la Universidad de Madrid-Alcalá, Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Munich, Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Córdoba, Académico de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires y de la Academia Nacional de Educación y miembro correspondiente de la Academia de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, Profesor emérito UBA, Investigador Superior del Conicet, premio Nacional de Ciencias (1986).

Tal vez había nacido para ser un Profesor en alguna ciudad universitaria Alemana, pero el suyo fue un destino sudamericano.

Hay cuatro escenarios en la forja de este universitario:

Colegio Monserrat de la Universidad Nacional de Córdoba, en la calle Obispo Trejo. Agulla curso íntegramente su escuela secundarla en éste, el que fuera el epicentro de la fon-nación humanística de esa ciudad. Excelente alumno de literatura y filosofía, encontró en aquel ámbito responsable y misógino el mejor de los contextos, para su formación básica. Monseñor Esteban Karlic recortaría aquellos devaneos intelectuales de su condiscípulo, y hablaba de lo que eran las salidas de clase de este establecimiento, donde un grupo de compañeros extendía sus reflexiones sobre lo aprendido y leído de Fichte y Hegel, en caminatas que se prolongaban por la calle Caseros en ese salmantino estilo arquitectónico de la Iglesia de la Compañía, continuaban en el cruce de la Cañada y culminaban en el parque Sobremonte. Era una verdadera ordalía intelectual de adolescentes.

Bachiller del Monserrat, Agulla cruzó la pared que separaba su colegio de la Facultad de Derecho, en la Casa de Trejo. Abogado sin vocación para ese ejercicio, Juan Carlos Agulla se entrenó en aquellos años en la lógica jurídica y su método deductivo. Heredero por tradición familiar, bebió el clima de la Reforma Universitaria, tal como la vivieron los suyos, coautores del Manifiesto Liminar en su estricto sentido, vale decir entendida como renovación

profesoral y alternancia de cátedras y participación estudiantil en el cogobierno, sin las expectativas de ingreso irrestricto ni gratuidad absoluta de los estudios superiores, que después le fueran adobadas. Era la época del primer gobierno peronista, y el alumno Agulla se sentía en la necesidad de salir de un ámbito mediocre y pacato, para penetrar en goces intelectuales mucho más elevados.

¹ El presente artículo recoge muy ampliado lo que su autor dijo en la despedida mortuoria a Juan Carlos Agulla, y lo publicado a pedido de Nicolás Babini, en "Saber y tiempo", publicación del Centro de estudios de historia de la ciencia.

Colegio Mayor Universitario Nuestra Señora de Guadalupe en la ciudad Universitaria de Madrid, el primer quinquenio de los años cincuenta. Fue aquél un ámbito de muy rico intercambio cultural que impulsó a Agulla a participar vivamente de ese diálogo ininterrumpido con jóvenes universitarios latinoamericanos y españoles, muchos de ellos de aseñorado vocación académica. Había allí figuras ejemplares como su director, Antonio Lago Carballo, y los muy bien seleccionados colegiales españoles e hispanoamericanos de acendrada vocación intelectual, entre los que cito de memoria al boliviano Jorge Siles Salinas, al filósofo chileno Osorio Santelices, los poetas nicaragüenses Antonio Cuadra y Mejía Sánchez, los cordobeses Ernesto Garzón Valdés y Julio Carri Pérez, el porteño Carlos Florit y los colombianos Cote Lemus y Rafael Gutiérrez Girardot, este último brillantísimo y mordaz, que junto a Garzón y Agulla se proyectarían en la especialidad alemana. Juan Carlos Agulla recibió por vía de instituciones privadas la impronta del pensamiento de José Ortega y Gasset, y en la Universidad Madrid-Alcalá, la sapiencia de su titular de Filosofía del Derecho, el granadino Enrique Gómez Arboleya, quien se convertiría en el director de su tesis doctoral. Tesis sobre Augusto Comte, que le exigiría a Juan Carlos Agulla, la lectura de los textos de la Ilustración en su lengua original, tal como se lo demandaba su director de Tesis. En la magnífica Biblioteca Nacional de Madrid, gozaría de esa paz indispensable leyendo estos textos franceses en sus primeras ediciones, fiel al imperativo unamuniano "para novedades, los clásicos". En aquellos años matritenses, aparte del titular de la cátedra oficial, quien más lo influenció en tres cursos sucesivos fue Xavier Zubiri, que por esos años publicaba su "Naturaleza, Historia, Dios", lo que años más tarde sería decisivo para que Don José Ortega y Gasset dedicara su tiempo a la atención y orientación del joven estudiante cordobés. Fue en Madrid donde maduró lentamente en el corazón de Juan Carlos Agulla la expectativa de una formación más profunda en alguna Universidad Alemana. Lo traía -una vez más- por imperativo familiar y por la

influencia de todos los profesores orteguianos de Madrid formados en Maguncia, y por el reclamo de su director de Tesis, quien sostenía que sin un perfecto dominio de la lengua Alemana no se podía ser sociólogo, por cuanto esto requería estudios previos de filosofía y de historia.

Munich. En la **Ludwig Maximilian Universität**, Juan Carlos Agulla resultó uno de los pocos sociólogos argentinos que haya sido verdaderamente obrero -en una fábrica papelera- como único medio para pagar su subsistencia y sus estudios, como también resultaría el único enclaustrado en un convento benedictino para redactar su tesis doctoral, ocasionalmente alojado en una celda que le facilitaron. Munich -donde cursó íntegros sus estudios de filosofía- fue "el lugar en el mundo" decisivo: el de su encuentro con Alexa, "su fiel esposa hasta su suspiro final", el del nacimiento de sus dos primogénitos y el de la ciudad-Universidad donde culminarían los estudios de física y filosofía de su hijo Juan Carlos, actualmente profesor allí. Bajo la impronta de la influencia Weberiana de sus profesores más significativos, Agulla defendió su tesis doctoral sobre la obra de Max Weber. Correspondía esto a la Universidad Humboldtiana y a su inmensa dedicación a las humanidades, pero en última instancia cerrada sobre un pensamiento cultural y cognitivo íntegramente germánico. A tal punto que entre los autores más relevantes del siglo XX -para su director de Tesis- no hubiera cabida para otro que no fuera Alemán. Era un poco el clima cultural europeo de la época, donde incluso saltando las fronteras, en la Escuela Normal Superior de París casi no se enseñaba a ningún filósofo que no hubiera sido francés. En los cursos del tan bávaro Romano Guardini, Agulla tuvo entre sus condiscípulos a un sacerdote polaco que respondía al nombre de Karol Woytila.

El retorno a la Córdoba bifronte y a la realidad Latinoamericana. En la estación central de Córdoba desembarcan los cuatro Agullas, esperados ansiosamente por una multitud de Agullas y Granillos. Retomo a la familia también, y descubrimiento de un mundo doblemente inédito para una Alexa que perdió la totalidad de los suyos en los bombardeos. (Eso fue en El Tirol). Juan Carlos se había postulado para ser profesor titular de Sociología de la Educación en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba, y para integrar el Instituto de Sociología de la Facultad de Derecho: Se encontraba en el inicio de la treintena. Una beca en ese momento tan especial lo llevó a Santiago de Chile para seguir los cursos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), institución que se había impuesto como objetivo la modernización y actualización del pensamiento sociológico, a la altura de la investigación

empírica norteamericana. Es en Santiago, donde al acceder en Lengua Inglesa a una literatura que le era totalmente desconocida, se produjo en Agulla una revolución copernicana incorporando así a su acervo un ejercicio metódico inductivo, y una reflexión desde los datos que le era totalmente ajena. Los grandes profesores de FLACSO fueron Lucien Brahm y Alain Touraine el brillante humanista español José Medina Echeverría, formado en Alemania en la Universidad Humboldtiana, traductor de Max Weber en el texto del Fondo de Cultura Económica de México y autor de un breve libro que aunaba su fon-nación cultural con la receptividad metodológica propia de la investigación empírica norteamericana. Así, y gracias al calor paternal de aquel Don José Medina que lo recibía semanalmente en su casa y con quien compartía esas caminatas peripatéticas entre el edificio de Cepal y la casa de Medina, en el Barrio Alto de Santiago. De esa forma tomaba los exámenes José Medina, coloquios personalizados, la Alemana", en los que no había aprobación ni aplazos, sino invitaciones a profundizar algún punto. El 14 de abril de 1931 lo encontró a este cubano colonial por nacimiento -que a su tesón vasco por vía materna agregaba algo más que una pizca imaginativa andaluza- lo encontró, decíamos, "europeísta" y "republicano", Secretario de las Cortes que sancionaron la Constitución Nueva. Me contaría bastantes años más tarde escribimos, España es una República de Trabajadores", "mentira, me diría Don José, si lo que no queríamos era trabajar", "tendría que venir este gallego -me confiaría para damos vuelta totalmente y lanzamos en el camino del desarrollo auto-sostenido". Agulla adquiere en Santiago de Chile las armas para ser un sociólogo científico integral. Tenía 33 años cuando retorna a Córdoba, munido de un bagaje totalmente nuevo para hacerse cargo de una cátedra ganada por concurso e integrar un instituto con un director "chapado a la antigua". Por esos años Córdoba era un mundo excepcionalmente bullente y modificado. Las grandes inversiones automotrices habían no solamente industrializado la ciudad sino generado el nacimiento de grupos profesionales para quienes el saber no era un acto honorífico, la emergencia de obreros calificados y competitivos. Por aquel entonces, Juan Carlos Agulla Granillo realiza una investigación sobre el cambio de los sectores dirigentes, la desaparición dirigencial de la "Córdoba de los Doctores" y su reemplazo por los arribados para el triunfo empresarial. Esta investigación no pudo haber sido efectuada sin un desgarramiento íntimo del autor, heredero de familias tradicionales del Norte, hijo del Ministro de Gobierno del último equipo gobernante "demócrata", y, a falta de uno, tres veces doctor por otras tantas Universidades. (El Partido Demócrata de Córdoba, por el sello de Cárcano y la autoridad de Aguirre Cámara, era liberal y progresista y no conservador y ahí se instalaría el talante de Juan Carlos).

Los grupos emergentes de orientación marxista visualizaban a Córdoba como la gran Torino Sudamericana por la relevancia de la inversión automotriz, el surgimiento de estamentos profesionales modernos, el peso de la Iglesia y la aparición de los "intelectuales funcionales", en una Universidad masificada para un ejercicio profesional precario. A Juan Carlos Agulla le corresponde vivir indistintamente en su mundo cultural replegado y en el ruido y la acción de la calle, en el mismo lugar donde funciona su instituto. De esa articulación entre el intelectual y el hombre que no es ajeno a su contexto social, se forja el sociólogo. Agulla crea una Licenciatura en Sociología que exigía como requisito previo un diploma profesional final -lo que hoy se identifica como Master o Maestría- y nuclea un grupo de profesionales intelectualmente muy solventes, atraídos por ese ejercicio magistral. Liberal integral como era, Agulla incorpora al instituto alumnos provenientes del más extremo espectro posible, que va desde varias familias radicales ampliamente conocidas, como los Sabattini y los Yadarola, pasando por alumnos de su misma extracción -Sofanor Novillo Corbalán- y por la sobrina del actual Arzobispo de Buenos Aires -María Inés Bergoglio- hasta culminar en algún "ERPiano" y Montonero. Esa pluralidad tendría su costo.

El golpe de Estado de 1976 lo dejó cesante en la Facultad de Filosofía y lo proclamó sospechoso en la de Derecho. Un Comodoro químico le tendió el programa de sociología que había que dictar, identificado con los principios de la moral social, del que excluía expresamente el pensamiento de Marx.

Aquella Córdoba que aunaba como ninguna otra ciudad del país, Bien y Mal, Gracia y Pecado, extrema heroicidad e inusitada cobardía, fue incapaz de salir en defensa de uno de sus hijos preclaros. En la "Córdoba de los Doctores", sólo el ministro de la Corte, Pedro J. Frías tuvo el coraje de defenderlo ante el Comandante de la 2ª región militar.

El exilio interior en Buenos Aires. Exonerado en la C-asa de Trejo, Agulla viene a Buenos Aires, ciudad que le era desconocida. Inhibido para enseñar, su hermano Horacio le ofrece la dirección de una revista especializada, en la que vierte sus estudios empíricos sobre la zonificación de la Argentina. Horacio Agulla -asesor político de Martínez de Hoz- fue asesinado sin que jamás se supiera por quién, en la calle Posadas de esta ciudad. Juan Carlos responde al acabado interrogatorio del Batallón de Inteligencia del Ejército, poseedor de todos los datos, pero incapaz de encontrar al culpable. Esta sucesión de pruebas hubieran afectado hasta al más templado, lo que habría significado para el caso la aceptación de una cátedra en Alemania. Pero al margen de las Universidades Nacionales que en una primera instancia no

querían concederle cátedra o lugar alguno de investigación, hacia 1980, la Universidad de Belgrano le abrió las puertas de par en par, rodeándolo de un grupo de intelectuales porteños que estaban imaginando la transición posible. En 1981, la Facultad de Derecho de la UBA llama a concurso, al que Juan Carlos Agulla se presenta conoedor de las inhibiciones que sobre él pesaban. El decano de aquella casa de estudios se atiene exclusivamente a los indiscutibles méritos académicos, y lo coloca al frente del Instituto "Ambrosio Gioja" para la investigación de los temas jurídicos y sociales. Por aquel entonces, y ya desde la calma original de retorno a la democracia, Agulla se convierte en un investigador a tiempo completo, años que dedica al estudio de la conducción argentina por parte de los abogados, sus falencias intelectivas y decisionales, y su relativización ética. La Academia de la Educación lo incorpora como miembro de número, ocupando el sillón de Agustín Álvarez, y un año después lo hace igualmente la Academia de Ciencias, lo que importó trascender su nombre para implicar un reconocimiento científico de la sociología como disciplina teórica y empírica. Quien recaló en la Universidad de Belgrano para concitar junto a sí vocaciones intelectuales e investigativas en ciencias, lo reiteraría al frente del Instituto de Ciencias Sociales de la Academia. Es allí donde en cuatro tomos Agulla publica la antología de Teoría Social, y donde también continuaría sus estudios de Sociología de la Educación. Al jubilarse a los 66 años, este antiperonista visceral fue invitado por el Doctor Matera, presidente por entonces del Coníctet, a incorporarse como investigador superior, en aras de un reconocimiento que prescindía de las exigencias del escalafón. Al año siguiente, mereció el premio Nacional de Ciencias, este sociólogo, hombre culto por antonomasia, ser intrínsecamente urbano que hasta ignoró las sierras y que invertía sus vacaciones -junto a Alexa- en caminar por New York, París, Venecia o Praga. Este liberal fue coherente a lo largo de toda su vida, por el respeto al pensamiento y punto de vista de los otros, y -como Mandela- ignoró el rencor y el resentimiento.

Agulla y la UCA

Agulla que vivió siempre en "atmósfera católica" -incluso al recibir la unción de los enfermos poco antes de morir- no se benefició en cambio con el don gratuito de la Fe. Hacia los años setenta se produjo en el Departamento de Sociología de la UCA, una crisis, a raíz de la cual y por motivos personales renunciaron su Director y fundador y sus profesores más solventes.

Con muy buen tino, el Rectorado de la UCA resolvió llenar esos vacíos, cubriéndolos con profesores externos muy prestigiosos, sin reparar en gastos. Así venía todos los fines de semana, Juan Carlos Agulla de Córdoba a Buenos Aires, y cada quince días Luis Alberto Gomes de Souza, desde Santiago de Chile.

Agulla se hizo cargo de la Cátedra de Teoría Social hasta la Revolución del '76. Retornada la democracia, Agulla integró nuevamente el claustro de la Maestría en Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la UCA y, en diciembre de 2002, el Director del Doctorado en Sociología le pediría que aceptara ser su sucesor. Pero Agulla era de la Universidad de Belgrano, donde se sentía a sus anchas y vivenciaba como su casa académica porteña; falleció días después.

El docente coloquial

Juan Carlos Agulla fue un docente por excelencia -siempre y en todo lugar-, formó equipos dialogantes en la Universidad de Córdoba, en el Instituto Ambrosio Gioja, de la Facultad de Derecho de la UBA, y en la Academia de Ciencias, donde reunió discípulos muy fieles de las tres universidades en las que profesaba. Como reconocerían sus hijas al inaugurarse el "Aula Juan Carlos Agulla" en la Universidad de Belgrano, las largas charlas con sus hijos era otras tantas clases sobre temas serios. Pero Agulla dialogaba permanentemente, recordando sin duda sus encuentros en las cervecerías de Munich con Don José Ortega y Gasset, que -a la inversa- fueron siempre monólogos del gran filósofo español.

Estrictamente fiel a una heredad, sus últimos escritos fueron sobre la Ciudad Hispanoamericana pensada a partir de sus relatos a sus nietos adolescentes. Porque era muy familiar.